

# De vuelta a la isla en el Caribe

Juan Patricio Riveroll

Fotograma de *Regreso a Ítaca*



LA PELÍCULA MÁS CUBANA QUE HE VISTO EN MI VIDA la hizo un francés. Claro que esta afirmación puede ser rebatida con mencionar *Memorias del subdesarrollo* o *Fresa y chocolate*, ambas de Tomás Gutiérrez Alea, o casi cualquier otra en la que todo el equipo sea cubano, que la película en sí esté catalogada como cubana, lo cual significa que haya sido producida por compañías productoras nacionales. Sin embargo hay que tomar en cuenta que la industria cinematográfica en la isla no ha dado grandes frutos en tiempos recientes y no tan recientes. Incluso *Soy Cuba*, la obra maestra de Mikhail Kalatozov, aunque es una coproducción eminentemente soviética es de tema cien por ciento cubano.

El estreno en Cuba de *Regreso a Ítaca* de Laurent Cantet estaba planeado para fines de 2014, como parte del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano en La Habana, fuera de competencia por ser una película francesa, pese a que, para cualquier espectador, parecería ridículo que la cinta no sea oficialmente cubana. Sucede en La Habana, todo el elenco es cubano, se habla en castellano y el tema no puede ser más local, lo cual habla de la maestría de Cantet y del respeto de las compañías productoras francesas al involucrarse en un proyecto de esas características. Pero esas son las reglas: la nacionalidad de las películas viene del lugar de donde salieron los fondos para su realización. Los organizadores del festival ya la habían anunciado, y a última hora decidieron no programar esa sola función, causando revuelo entre el gremio artístico, particularmente entre los cineastas, que pocos meses más tarde lograron dos funciones dentro del Festival de Cine Francés, en la emblemática sala Charles Chaplin que alberga a mil doscientos espectadores. Invisibles hilos gubernamentales o coincidencia, la multitud no llenó

las banquetas en busca de una butaca o de acceso para verla en el suelo porque días antes estuvo disponible en el mercado pirata. Ya no era la única manera de verla, y aún así ambas funciones se proyectaron frente a salas abarrotadas. Cantet, que no suele quedarse a la proyección de una película suya luego de presentarla, rompió su rutina para ver la reacción del público en el que más debería de resonar. Después de reír, abuchear y guardar silencio se pusieron todos de pie a ovacionar la obra que acababan de ver, en una catarsis colectiva de una profundidad que muy rara vez se da en una sala de cine.

El otro gran responsable de la cinta es Leonardo Padura, el escritor de la aclamada novela histórica *El hombre que amaba a los perros*, de quien Cantet ya era admirador antes de conocerlo, pues, dice, había leído todas sus novelas.<sup>1</sup> Cuando los productores de *Siete días en La Habana* —la colección de siete cortometrajes hilados alrededor de la ciudad— se le acercaron para que fuera uno de los siete realizadores, le atrajo sobre todo la idea de trabajar con Padura, que ya había escrito guiones y que fungiría como guionista o co-guionista en los proyectos que lo necesitaran. Cantet quería que su corto se basara en algunos fragmentos de *La novela de mi vida*, otra inmensa obra de Padura, a caballo entre temas autobiográficos hechos ficción y la reconstrucción de la vida del poeta cubano José María Heredia, y en eso se inspiraron para escribir una primera versión que tomaba prestados algunos rasgos de ciertos personajes y una situación clave: un hombre regresa a su país natal después de más de una década de vivir en el exilio.

---

<sup>1</sup> Gran parte de estas miradas dentro de la mente de Cantet y Padura están en el libro *Regreso a Ítaca* (Tusquets, México, 2016), en el que además del guión se incluyen varios textos adicionales.

Con la idea de elegir al reparto y mejorar el guión con las vivencias de quienes fueran a ser los protagonistas, Cantet juntó a un grupo de actores y a un par de actrices para llevar a cabo una puesta en cámara improvisada. En vez de tener claro quién iba a participar, decidió que ese corto se convertiría en un largometraje. Lo que hizo para *Siete días en La Habana* no tuvo nada que ver con eso, y ni Padura participó en la escritura de ese guión, que acabó llamándose “Ritual”.

El tema esencial de *Regreso a Ítaca* es la amistad, pero una amistad manchada por la historia cubana reciente: los frutos de la revolución. Si en *La novela de mi vida* los golpes bajos los recibieron en los años setenta, en *Regreso a Ítaca* el tiempo al que aluden como el parte aguas en su relación son los noventa. Al hombre que regresa se le reclama que se haya ido, pero también, al decidir quedarse, le ruegan que no lo haga. Todos han tratado de sobrevivir lo mejor que han podido, con los reveses que da la vida, hablando con el aplomo que da el medio siglo que llevan a cuestas. Uno de ellos trabaja para una agencia turística gubernamental y para todos es un vendido, pero es quien lleva el whisky que se toman y el aceite de oliva que usan para cenar. Y todo cae cuando Amadeo, el Ulises de la historia, revela el motivo por el que se exilió, un motivo eminentemente político y que hasta ese momento era un secreto.

—La política está en todo —dice uno de los personajes de *La novela de mi vida*—. Y claro que se puede escribir de política, pero lo que no se puede es dejar que la política sea lo más importante.

—A mí no me importa un carajo la política —contesta otro—. Yo escribo poesía y lo que me interesa es la gente, si sufre o si se enamora, si tiene miedo de morir o si le gusta el mar.

—¿Y eso no es una posición política?

Ese es el meollo de este asunto. La filmografía de Cantet nunca ha dejado de lado la política, pero en ningún caso es el tema principal, aunque está bien presente. De entre todas, *Foxfire* y *Entre muros*, de temas juveniles, son en las que menos se siente, pero ahí está. Bajo su lente

hay siempre una fuerte carga social, tan fuerte que no puede más que estar ligada a la política y a la economía, los tres grandes pilares de la vida en sociedad.

Los temas que rodean esa amistad son las oportunidades desaprovechadas; las traiciones y la cacería de brujas por parte del gobierno; los amores que nunca fueron o que fueron a medias; el acompañarse mientras se deshilacha el tejido social; la música y la literatura, que de poco sirven si no hay con quien compartirlas. Si lo que nos une es la ética, esa también es la fuente de los rompimientos y de los reproches. Eso es *Ítaca*: el lugar en donde viven quienes mejor nos conocen.

*La novela de mi vida* es buena, aunque creo que el concepto es mejor que su ejecución, tomando en cuenta lo ambicioso que es esa idea original, pero *Regreso a Ítaca* es una obra mayor, una de las tres mejores de Cantet junto con *Recursos humanos* y *Entre muros*, tres piezas completamente distintas pero que en la factura traen su sello: es evidente que fueron construidas bajo la misma mirada ética.

(*Regreso a Ítaca*) se ha ido convirtiendo en un paradigma —escribe Padura—, casi un documento, por su capacidad de representar una realidad y época complejas, contradictorias, dramáticas para los que más cerca o más lejos hemos compartido la vida de esta pequeña isla del Caribe, y lo singular es que Cantet, siendo francés, ha hecho una película profundamente cubana y, además, visceral y necesaria: porque creo que pocas veces se han mostrado en el cine los dramas existenciales y materiales de una generación de cubanos que nos revelamos hoy como los actores y sobrevivientes de una experiencia traumática que la historia, el destino, la política y la geografía nos han hecho vivir por el solo hecho de haber nacido aquí.

Viajar a otro país a contar una parte dolorosa e íntima de su historia y terminar con esto no es poca cosa, porque además es un filme que se disfruta: por sus rendijas se vislumbra el alma del pueblo cubano, que irradia vida y que también obliga a la reflexión. El peso de su Historia se soporta copa en mano, y, más aun, entre amigos. Qué más se puede desear. 